

# LA VERDAD

DIARIO MONARQUICO.

AÑO V.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem. 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—Pago adelantado.

SANTANDER

Martes 7 de Junio de 1887.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceta, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 10 idem de idem.—Cuarta plana, 5 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defunción, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NUM. 1.308.

Se suscribe en la Administración, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mutuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

## INSTITUTO DE VACUNACION.

MENDEZ NUÑEZ, 5.

Se vacuna directamente de la ternera de 4 á 6 de la tarde. 8-7

## Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Roberto, abad, san Pablo, ob., y san Licarion, mártir.

## LA VERDAD

Santander 7 de Junio de 1887.

## EXPULSION DE LA COMPAÑIA DE JESUS, DEL PERÚ.

### II.

Sólo al poder infinito de Dios, es dado el sacar bienes del mal; y este prodigio, este milagro mil veces repetido en el gobierno del mundo; mil veces realizado por la Divina providencia en obsequio de la ínclita Compañía de Jesús, ha sido puesto una vez más con el celo amoroso con que el Padre Celestial cuida de sus hijos y consuela y fortifica á sus elegidos.

Si los modestos é ilustres discípulos de Ignacio de Loyola pudieran contentar sus almas con el aplauso y adhesión y honor externo que prodigan los hombres á lo que es realmente bueno y admirable, conseguirían su objeto ante las señaladas muestras de fino obsequio, amor y veneración recibidas de los católicos peruanos. Mas no es esto lo que buscan, sino la mayor gloria de Dios Nuestro Señor. Por esta gloria trabajan sin tregua; y por esta gloria vive y muere el Jesuita. Y no otra cosa lamenta en la persecución, ni nada le aflige tanto en la desgracia, en la ingratitude de los pueblos, en el martirio con que se gozan los enemigos de Cristo, que el menosprecio de la gloria de Dios, que la injuria hecha á la gloria divina.

Cierto que en mucha parte mitiga la viveza del dolor sentido esas protestas de los fervorosos católicos, esas manifestaciones de los hombres de fé viva, porque esas protestas y esas manifestaciones en obsequio

de la escogida milicia de Cristo, redundan en honra y gloria del Divino Caudillo.

¡Cosa admirable! Nada tan odiado, nada tan perseguido del mundo como el nombre de Cristo; nada tan perseguido y perseguido de muerte como el cristiano; nada tan odiado y perseguido como las Ordenes Religiosas. Pero todo el odio, toda la persecución del mundo y de los mundanos contra Cristo y sus hijos no pueden raer de la haz de la tierra el amor á Cristo, la obra de Cristo, la fé de los cristianos en Cristo y sus obras. ¿Qué han conseguido en su furor satánico el liberalismo y el masonismo peruanos? Extrañar del territorio de la república á unos cuantos humildes religiosos; interrumpir entre estos y los desgraciados súbitos de la República la material contigüidad en la vida, ¡y nada más! ¿Pero han logrado su intento? ¿Han logrado interrumpir siquiera un instante la solidaridad en los espíritus, la comunión en las ideas, la unidad en la fé y en las obras, lo que ellos llaman *jesuitismo*? ¡Ah, no! Y ahí está un pueblo entero, cuyas protestas y manifestaciones es la prueba patente de la imposibilidad que tiene el infierno y tienen sus satélites de prevalecer sobre la Iglesia de Dios.

La *Revista Católica*, ya citada en nuestro anterior artículo, refiere así las muestras de afecto y respeto que todas las clases sociales de Lima dieron á los Padres de la Compañía con motivo de la expulsión decretada por el gobierno de la república:

«El ilustrísimo arzobispo de Berito con el cariño de protector y amantísimo padre que siempre ha profesado á los ilustrados y virtuosos sacerdotes de la Compañía de Jesús, á pesar del peso de sus años y enfermedades, salió de su casa el jueves para despedirse de los que se van con el masónico y por consiguiente glorioso anatema de la expulsión.

»Con expresiones de la más sentida ternura recordó y agradeció los importantes servicios que le prestaron en Huánuco, y con el llanto en los ojos abrazó á cada uno de los Padres y Hermanos, lamentando hayan de abandonar el país que tanto los necesitaba y al cual él los había llamado.

»Los alumnos del Colegio de la Inmaculada, apenas habían empezado el lunes sus

clases, fueron sorprendidos por un toque de campana que los llamaba al salón comun. Manifestóle allí el reverendo Padre Superior que, en virtud de los acuerdos del Congreso, quedaba clausurado el Colegio. Sus palabras, si bien muy sentidas, fueron llenas de saludables consejos, y no se pronunció ninguno de los discursos á que se reflejan los diarios liberales.

»Grande, profunda fué la tristeza marcada en los rostros de aquellos jóvenes y niños que salieron del salón sin acertar á pronunciar una palabra, y cuando les indicaron que recogieran sus libros para salir del colegio, prorrumpieron todos en un llanto, tanto más conmovedor cuanto más puro y sencillo. De algunos sabemos que todo aquel día quedáronse llorando en sus casas. Después los hemos visto á todas horas acompañar á los Padres y conversar amistosamente con ellos y darse prendas para mútuo recuerdo.

»La juventud educada por los reverendos Padres de la Compañía de Jesús en su corta permanencia en Lima no se ha movido estos días del lado de sus queridos profesores. En ella está patente el resultado de la educación jesuítica, tan odiada por la gente corrompida como apreciada por las familias más honradas. La modestia, la circunspección y la llaneza son el distintivo de esa pléyade de jóvenes afortunados. Religiosos sin fanatismo, cumplen con los deberes que el cristianismo impone. Instruidos sin pedantería, doquiera les abre paso la sociedad. Ellos serán el vivo testimonio de que en un tiempo hubo en Lima un colegio dirigido por los mejores pedagogos del mundo.

»Los claustros y salón de recibo del Colegio de los Padres Jesuitas han estado todos los días de esta semana llenos de lo más distinguido de nuestra sociedad. Lo mejor del clero limeño, notables caballeros y multitud de señoras y señoritas, todos han manifestado cuán hondamente arraigado está en sus corazones el aprecio y respeto á la Compañía de Jesús. Pocos años han bastado para que los hijos del gran Loyola borrasen con su ejemplarísima conducta el general efecto que antes producían los absurdos y calumnias que contra ellos se propalaban. El que en adelante las crea ó propague probará ser un necio ó un malvado. Contra hechos no hay argumentos, y está en la conciencia de toda persona honrada

que al salir de la capital del Perú, nadie puede echarle en cara á un solo Jesuita la menor falta.

»Monseñor Bandini, acompañado de Monseñor Medina, fué ayer á saludar á los reverendos Padres Jesuitas en el local que fué de la Inmaculada.

»Entre otras personas notables que han visitado á los injustamente perseguidos Sacerdotes, hemos visto á los señores ministros de España, Francia, Bolivia y Ecuador.»

En Arequipa el atropello fué inaudito, escandaloso cuanto grande el cariño y la abnegación de los católicos para con los ilustres Padres de la Compañía.

Hé aquí como refiere la *Revista Católica* estos vergonzosos y tristísimos sucesos:

«Estando en Arequipa los ilustres hijos de Ignacio de Loyola, llama los por el ilustrísimo Sr. Huerta para cerrar con una misión el año santo del Jubileo, cundió entre los padres de familia y los buenos católicos la plausible idea de establecer un colegio para la educación de sus hijos. Con tan laudable fin comenzaron á trabajar, allegando los fondos necesarios y buscando un local adecuado para ese objeto, que reuniera, si fuese posible, todas las condiciones que hacen de los colegios de la Compañía modelos de planteles de educación física y moral de la juventud.

»Próximo ya á realizarse este sueño dorado de Arequipa, comenzó á susurrarse que el general Cáceres había escrito al prefecto que impidiese el establecimiento del colegio, rumor que todos atribuían á la mala voluntad de un pequeño número de desgraciados que existen en la católica ciudad del Sur; porque á nadie se le ocurría que el mismo que había opuesto su voto al proyecto de ley contra los Jesuitas pudiese ser el primero en romper su palabra empeñada ante la nación entera.

»Pasaron algunos días, y el subprefecto fué al palacio episcopal á notificar de palabra al señor Obispo que los Jesuitas debían salir fuera del país.

»El Ilmo. Sr. Huerta exigió que la notificación se le hiciera por escrito, incluyendo el nombre de los Padres y el suyo, pues su resolución era salir con los Padres desde que se habían hollado sus fueros y su respetabilidad, expulsando á los benéficos Sacer-

—161—

de la fé; dijo su protector haciéndole entrar en un magnífico salón, acercándole á una mesa cuyo aspecto estaba lleno de bondad.

Este niño no ha comido desde la mañana, ha sido cruelmente golpeado porque ha rehusado trabajar en domingo.

Se le proporcionó al momento todos los recursos que exige el ingenio de la caridad, y pocos días después se restableció completamente.

Con sencillas respuestas, sus sentimientos cristianos atrajeron la voluntad de la piadosa familia que le había socorrido: no tenían ningún hijo y él fué tomado como adoptivo.

Hizo después brillantes estudios, y pasados algunos años Luis llegó á ser un hombre distinguido por su talento y virtud. El porvenir correspondía á sus deseos y Dios había recompensado en este mundo la fidelidad en el cumplimiento de los deberes, como se lo había asegurado su buen párroco.

Sin embargo, la felicidad y el lujo que le rodeaban no habían podido borrar de su corazón la memoria de su anciana madre y de la pobre familia

—160—

temente que el pobre niño cayó casi sin conocimiento en el suelo cuando su amo lo dejó.

—Acordaos, dijo el patron á los niños, que yo quiero ser obedecido, y ateneos á lo que venga si faltais á mis órdenes. En cuanto aquel, añadió, no os pertubará con sus gemidos esta noche. Ayudadle á levantar y ponle en la puerta. «La noche al aire libre le dará un buen consejo.»

### II

Arrojado á la calle el pobre niño, estropeado por los golpes y por la falta de alimento, se dirigió á una puerta y se acurrucó allí sollozando.

—Dios mío, decía, quiero más morir que faltar á tus mandamientos.

Un hombre de edad pasaba por allí; oyó los gemidos y lamentos, se acercó y vió al niño; le hizo varias preguntas, lo levantó, y como Luis apenas podía andar lo metió en un coche y se lo llevó á su casa.

—Ved aquí un pobre niño verdadero cristiano,

—157—

alimento es con la condición de que ganes para vivir.

—Señor, el cura me ha dicho cuando he salido del pueblo: Luis, trabaja con ánimo toda la semana, pero el domingo es sólo para Dios; entregate, pues, fielmente á él en este día si quieres ser feliz en este mundo y en el otro.

—Y á mí, replicó el amo, Dios me dijo que castigara á los perezosos que quieren vivir sin hacer nada. Vas á recibir una cena de la cual te acordarás el próximo domingo; añadió el cruel patron redoblando los golpes del látigo, á pesar de las súplicas y gritos delirantes del pobre niño.

Luis quedó toda aquella semana estropeado por los golpes que había recibido; no obstante, trabajó todo lo que pudo, tanto limpiando chimeneas con el ardor que exigía su cándida naturaleza, como implorando la piedad de los pasajeros cuyo benévolo aspecto inspiraba confianza de conseguir alguna limosna.

De los seis niños, explotados por su señor, Luis era el que más recaudaba; pero la ambición del patron era cada vez más exigente.

MISCELANEA.—28.





